

Capítulo 4. Coitus.



La atracción mutua no es nada más que la expresión de la fantasía de fusionarse verdaderamente con el cuerpo de la pareja o, tal vez, un abrirse paso in toto hacia ello (como sustituto de la matriz de la madre); la unión sexual definitiva es sólo la realización parcial de ese propósito.

- Sándor Ferenczi, 1922, *Thalassa*, p. 34

Los psicoanalistas a menudo predicán severos sermones acerca del intercurso sexual. Hablan de las frustraciones que rodean y trastornan el acto. Incluso sus aspectos supuestamente más *juguetones* se supone que articulan los deseos de retornar al pecho o al útero, o de reparar el daño provocado en el primitivo escenario de la castración (Lacan, 1977, pp. 9-18). Por ejemplo, los pequeños rituales de los amantes, tales como las peleas simuladas, las bromas, las rutinas palabras obscenas o de hablar como guagua, se supone que se forman a lo largo de las líneas prescritas de la fantasía primitiva y actúan a través de la lógica “binaria” del juego de la presencia/ausencia (fort-da) (Derrida, 1980, pp. 315ff.; Laplanche, 1989, pp. 36-7). Estos analistas, por lo tanto, no ofrecen ninguna o muy poca indicación, de la placentera descarga o la expresión creativa asociada al coito (17). En vez de esto, sólo aluden a una interminable compulsión por repetir un acto sentenciado.

En algún sentido, Ferenczi se adscribe a este punto de vista: “El acto de la cópula...”, dice, “es una reminiscencia de aquellos melodramas en los que, mientras hay nubes, por supuesto, oscuras amenazando con toda clase de destrucción, tal como en una verdadera tragedia, hay siempre un sentimiento de que ‘todas las cosas volverán a ser normales’” (*Thalassa*, p. 42). Por otro lado, también otorga cierto crédito a la estructura de la “escena primaria” del acto.

La tensión que durante el coito mantiene a los participantes en un tipo de suspenso es en sí misma displacentera y sólo la expectativa de un ansiado desahogo la hace al mismo tiempo placentera. Este tipo de displacentera tensión tiene una clara similitud con la ansiedad, la cual, como sabemos desde Freud, es siempre una reproducción de las displacenteras sensaciones vinculadas con el trauma de asistir al proceso de nacer.

(Thalassa, p. 34)

Ferenczi, sin embargo, no restringe solamente estas oscuras nubes, el suspenso y la tensión, a un temprano corral infantil metafórico, al cual quedaríamos fijados en nuestras formas de jugar con los vacíos de la experiencia. Por el contrario, considera el coito como la única oportunidad de escapar a tales fijaciones infantiles, y ampliar el rango y la calidad de la experiencia. Sería, por lo tanto, una convención social, transmitida y reforzada por la educación sexual, lo que conduce a las personas a perder esta oportunidad y a permanecer anclado a la ansiedad de la temprana infancia. Esto es, particularmente, evidente en las dificultades sexuales más comunes que perturban e incluso impiden la cópula. Muchos hombres, por ejemplo, sufren del “complejo del pene pequeño”, que tiene un fundamento psicológico más que una base fisiológica. El crecimiento del pene puede ser “normal”, pero la idea que ellos tienen acerca de él permanece infantil; estando atrapados aún dentro de la fantasía de copulación con la madre, cuya vagina parece demasiado grande para ellos (Ferenczi, 1, p. 145; *Diario*, p. 164). Las mujeres que consideran el pene de su amante demasiado pequeño pueden, a su vez, también estar reflejando la idea infantil del pene de su padre; por

el contrario, el temor de que su vagina es demasiado pequeña o que será rasgada, a menudo se relaciona con una fuente similar. En efecto, Ferenczi observa que esta perspectiva infantil parece notablemente bien enquistada, detrás del supuesto occidental de los “estereotipos” eróticos, de aquí la atracción general, el poder y el temor que los grandes senos y grandes penes ejercen en el conocimiento popular (1, p. 147). El psicoanálisis puede desempeñar así una función social vital al dar a conocer la estructura infantil de tales complejos. Puede detener la repetición obsesiva de este primitivo temor y ansiedad y a su vez promover mayor fluidez y libertad en la expresión sexual.

Ferenczi plantea que una de las tareas críticas de la educación sexual psicoanalítica es la de explicar cómo la relación cuerpo-mente funciona en el coito. Esta es una razón para argumentar por la “persistencia” de las estructuras psíquicas infantiles, pero también para elaborar la mezcla de placer/dolor o de la tensión/descarga en los cuerpos copulantes. Argumenta que la “transferencia” y el “desplazamiento” no permanecen encerrados en un espacio abstracto particular en la cabeza, sino que “*inervan*” (*nervenkraft zuführen*) los sistemas nerviosos y musculares del cuerpo (2, pp. 230-1). Esto se demuestra superficialmente mediante la observación del efecto del pensamiento sobre el cuerpo. Cuando la gran mayoría de la gente piensa, el tono general de su musculatura aumenta. Algunos tipos más inhibidos, sin embargo, tienen que parar de caminar para pensar; mientras que otros tipos más activos en lo motor tienen que caminar para poder disminuir la rapidez de sus pensamientos. Del mismo modo, la masturbación “*inerva*” de diferentes formas en diferentes personas. Sigue diferentes ritmos y evoca distintas secuencias de sensaciones corporales. Además, está desplazado a distintas localizaciones corporales: la masturbación “*larvada*” o “*infantil*”, por ejemplo, a menudo involucra frecuentes temblores clónicos de los músculos de la pantorrilla o movimientos rítmicos de cruzar, prensar o entrechocar las piernas; esto puede ser posteriormente desplazado y expresado mediante los rituales de frotarse la nariz o la oreja, tocarse las uñas, o jugar con el cabello o la barba (2, p. 195) (18). Finalmente, en un nivel orgánico más profundo, los esfínteres en la garganta, intestino y los genitales transmiten inervaciones eróticas específicas; en los casos histéricos, la disfunción sexual es frecuentemente desplazada a la laringe o a los intestinos; los hombres algunas veces pierden la capacidad de eyacular y a las mujeres se les detiene la menstruación (2, pp. 268ff).

La localización, forma y ritmo de estas diferentes inervaciones no desaparecen durante la cópula, sino que más bien contribuyen a su forma dinámica. El coito, por lo tanto, combina o “*amfimixa*” varios niveles de la actividad erótica, incluyendo los rituales masturbatorios, los cuales se propagan por diversos caminos a través de los sistemas nerviosos, musculares y esfinterianos. Las sociedades limitan en forma variable este amfimizismo, juzgando, por ejemplo la *fellatio*, la *sodomía* o el *cunnilingus*, como perversiones criminales (cf. Hirschfeld, 1959, pp. 425ff.). Ferenczi considera tales prohibiciones como una defensa contra las generales tendencias psíquicas regresivas (*Zugen*). Aún cuando tales “perversiones” no son desempeñadas explícitamente durante la cópula, pueden ser simbólicamente desplazadas y reaparecer en otro lugar. Por ejemplo, el idioma obsceno invoca y explota la entera gama perversa, no menos importante que la copro -y uro- lagnia (el uso sexual de heces y orina), que pueden no ser permitido en uno mismo pero son ciertamente aplicables a los adversarios (1, pp. 136-8). Aún las personas más educadas, más socialmente adaptadas, postula Ferenczi, producirán un conjunto sorprendente de obscenidades en un momento de perturbación (1, p. 151; cf. 2, p. 227).

Otra común salida social para estos prohibidos erotismos son los graffiti. Ferenczi señala que ellos frecuentemente desplazan impulsos exhibicionistas y reflejan una mezcla infantil de deseo y ansiedad en relación con determinados sitios eróticos del cuerpo (1, pp. 105ff; cf. Freud, 1905a). Esto explica la frecuente representación exagerada de los genitales de hombres y mujeres, así como también las primitivas representaciones del vello púbico y axilar de las mujeres, las cuales han sido impuestas a partir del “ideal estético griego” y la exhibición pública general (*Thalassa*, p. 38; cf. Irigaray, 1974). Además, los graffiti se ubican frecuentemente en los servicios públicos, ideales sitios copro o urolágnicos, o sobre los más imponentes o “autoritarios” muros y edificios en la ciudad. Freud y Ferenczi se impactaron particularmente en relación con esto último; mientras caminaban por el Central Park en Nueva York en 1909; en esta ocasión Ferenczi notó que “hasta en un país tan mojigato como América” existían “dibujos de tiza e inscripciones en un hermoso mármol de un tramo de una escalera” (1, p. 144).

Ferenczi postula que uno de los erotismos más reprimidos en el coito son las pulsiones homoeróticas.

Una parte del homoerotismo insatisfecho permanece “flotando libremente” y demanda por ser apaciguado; pero como esto es imposible bajo las condiciones de la civilización actual, esta cantidad de hambre sexual tiene que experimentar un desplazamiento, específicamente, sobre la relación afectiva con el sexo opuesto. Creo bastante seriamente que los hombres de hoy son, todos y cada uno, obsesivamente heterosexuales como resultado de este desplazamiento afectivo; a fin de liberarse a sí mismos de otros hombres, llegan a ser esclavos de las mujeres.

(1, p. 316)

Los hombres, por lo tanto, tienden a idealizar a las mujeres como “objetos homoeróticos”, esto es, a considerarlas como receptores sexualmente pasivos de la penetración fálica (1, p. 301). Por supuesto, esto ignora totalmente el anfimíctico rango de la sexualidad femenina, de la cual mucha (si no toda) es independiente del erotismo fálico. Los hombres, por lo tanto, posteriormente desplazan su ansiedad homoerótica a través de la identificación con el prototipo del donjuán, el cual contrariamente a lo que se cree popularmente, a menudo representa la sexualidad obsesiva homo, más bien que heterosexual: los donjuanes tienden a adorar sus propias proezas fálicas en la “conquista” de numerosas mujeres (1, p. 316; cf. Rank, 975). Inconscientemente no es la aprobación de las mujeres lo que se busca, sino más bien la de los otros hombres, quienes o rivalizarán con sus propias exhibiciones fálicas (a saber homoerotismo “activo” o “de sujeto”) u ofrecerán su admiración (a saber homoerotismo “pasivo” o “de objeto”).

El análisis de Ferenczi del coito resulta inusual, particularmente en su contexto histórico, debido a que rehusó dar tributo al supuesto “estereotipo normal”, que de algún modo se personifica como “madurez genital”. En efecto, considera la noción general de “madurez genital” como un mito reduccionista y abiertamente peligroso, que impone todavía más represión sobre las personas intimidadas socialmente. No es inteligente ni necesario restringir la gama de erotismos en la actividad del coito, a menos que exista algún daño evidente que se inflija sobre uno o el otro miembro. No existen razones importantes, por ejemplo, por las que los adultos debieran sentirse culpables por masturbarse o practicar la sodomía, la fellatio y el cunnilingus. Se sienten “culpables” dentro de los términos del esquema de desarrollo edípico clásico, en el cual el erotismo fálico o anal resulta “regresivo”, y por lo tanto, subversivo del reconocimiento “genitalidad”, u “objetivo”, del orden familiar. Es sólo el “lenguaje de la pasión” edípico el que introduce la rigidez y culpabilidad dentro de la actividad esencialmente libre del “lenguaje de la ternura”.

En este sentido, Ferenczi no se conforma simplemente con declarar que una considerable ignorancia rodea la etiología de los “actos sexuales perversos”. Si no más bien, opta por luchar públicamente por la reforma de las leyes que abogan por el castigo para aquellas prácticas. Tempranamente en 1902, por ejemplo, en relación al “Caso de Rosa K.”, argumenta que a los travestistas debiera permitírseles caminar por las calles sin restricción (Lorin, 1983, pp. 199ff.). De igual forma, en 1907, se transforma en un miembro vocal de la Magnus Hirschfeld’s *Wissenschaftlich-humanitüres Komitee* que lucha por cambiar la ley que castiga a la homosexualidad como una ofensa criminal. (Al mismo tiempo, Freud, por el contrario, se mantiene claramente al margen del WHK [carta a Jung, 25 de febrero de 1908]). Sin embargo, Ferenczi refleja en este activismo una cierta tolerancia más bien que un genuino sentido de igualdad. Los “actos sexuales perversos” son siempre vistos como defensas paranoides contra las demandas de la heterosexualidad (cf. “Sobre el papel de la homosexualidad en la patogénesis de la paranoia”, 1912, 1, pp. 154ff.). Él reafirma esta posición al final de su vida, en una cita de su *Diario* titulada “Las perversiones no son fijaciones sino los productos del temor”: “La ansiedad y el miedo en la esfera de la normalidad (trauma) provocan fugas hacia modos desviados para satisfacer el deseo. La homosexualidad (autosadismo) es prohibida, sin embargo, no tan “imposible”, “inmencionable”, e “impensable” como la unión heterosexual” (p. 172). Los homosexuales, por lo tanto, demandan la mayor sensibilidad en el análisis para superar su desconfianza paranoide, y por lo tanto, detener en cierta medida su fuga del erotismo heterosexual. No es que Ferenczi siempre reclame la “cura”, esto es, la definitiva remoción de lo homoerótico; simplemente deseaba, quizás ingenuamente, evitar la exclusión paranoide de lo heteroerótico.

Por supuesto, de acuerdo con Ferenczi, este anfirmixismo coital está simbólicamente incorporado en la situación analítica. La transferencia se estructura alrededor de las particulares combinaciones eróticas que el analizando y el analista traen al análisis. La progresión de la transferencia también refleja los rituales y

ritmos peculiares del coito. Esto puede verse en muchos aspectos, pero quizás el más importante ocurre en las “inervaciones” eróticas del cuerpo del paciente. Los pacientes, por ejemplo, periódicamente desarrollan conductas “larvadas” de masturbación durante el análisis; presionan sus piernas o tensionan sus músculos (2, p. 191). Lo homoerótico es indicado no-verbalmente por el paciente a través de los giros en el sofá, a menudo completamente sobre su cara (2, p. 242). En el nivel verbal, la forma anfimíctica demora mucho más en surgir.

La actitud general de los participantes durante el acto sexual, las emociones que manifiestan, han recibido muy poca consideración hasta el momento. Como si con respecto a estos afectos los seres humanos guardaran sus más profundos secretos, un casi insuperable sentimiento de vergüenza los protege de dar información sobre ellos. Incluso en el análisis, donde los analizandos tienen que comunicar todas sus reacciones, aprenden al final, y sólo si es necesario, a describir sus particulares series de experiencias en el acto sexual, mucho tiempo después de haberse acostumbrado a declarar sus eventos objetivos sin reserva.

(*Thalassa*, p. 33)

* * *

Freud observa que “las esferas de la sexualidad y la obscenidad ofrecen las más amplias oportunidades para la obtención de un entretenido placer junto con la excitación sexual placentera; pues ellas muestran a los seres humanos en su dependencia de las necesidades corporales (degradación) o pueden revelar las demandas físicas implícitas (desenmascaradas) tras el reclamo de amor mental” (Freud, 1905b, p. 286). Esto implica que “la demanda de amor mental” es frágil y vulnerable que es constantemente socavada por las “necesidades del cuerpo”. Rara vez ocurre que amor y sexo se conjuguen y, aún en ese caso, “las demandas físicas” subyacentes al coito amenazan con hundir la relación en lo obsceno. La “suciedad” frecuentemente interviene (al igual que en el inglés, en el alemán “*Schmutz*” también implica suciedad y mancha). Alguien comúnmente actuará de un modo “sucio”, y el otro se sentirá “degradado”. En las bromas obscenas encontramos claros signos de este proceso de “desenmascaramiento” (cf. Freud, 1905b, pp. 140ff.).

En la era post-freudiana los biógrafos enfrentan grandes dificultades para dar cuenta de estos temas debido a su intento subjetivo por reconciliar el “reclamo de amor mental” y las “necesidades corporales”. Por un lado, se sienten obligados a entrar en las alcobas y relatar los detalles más íntimos; y por otra parte, frecuentemente lo que encuentran es patético o espantoso y parece degradar el tema. Esto es particularmente claro en el caso de las biografías de los mismos psicoanalistas. Es extraordinariamente patético o impactante darse cuenta de que los analistas no solo *testifican* las configuraciones de la “etiología sexual de la neurosis” en el diván, sino que también agregan algunos especiales matices de ella en relación con sí mismos. Es confundidor saber, por ejemplo, que Jung, un gran crítico de la “etiología sexual de las neurosis”, tuvo efectivamente una larga y activa vida sexual adúltera; un aspecto peculiarmente ausente de su autobiografía publicada, aunque no aparentemente en el manuscrito original (Carotenuto, 1982). Diferente, pero igualmente perturbador, son las “tensiones” eróticas que han aparecido en las biografías más recientes de Anna Freud, Karen Horney y Melanie Klein (Young-Bruehl, 1988; Quinn, 1988; Grosskurth, 1985) (19). Obviamente, el psicoanálisis promueve esta forma de estudio crítico de las “ideas” en el contexto de las “necesidades corporales” y las “demandas físicas”; esto no sólo puede “degradar” el tema, sino que puede también traducir estas “ideas” a lo humano en su vulnerabilidad, incluso suscitando una singular sonrisa -puede “nutrir y aclarar” lo que de otra manera sería un pesado y desagradable conjunto de ingredientes (cf. “Ferenczi fritters”, en Hillman y Boer, 1985, pp. 138-40).

En el caso de Ferenczi, las investigaciones biográficas acerca de su vida sexual íntima han sido decididamente pesadas y destructivas, más que cálidamente ilustrativas de la fragilidad y vulnerabilidad del “amor mental”. Entre los muchos cargos hechos contra él está el que se habría involucrado en relaciones sexuales con sus pacientes y que habría finalmente perdido totalmente el control de la situación analítica al entrar en una psicosis reactiva breve al final de su vida (Jones, 3, p. 165). Debido a que actualmente

disponemos de más evidencia documentada, es claro que estos cargos surgen principalmente a partir del intercambio de cartas entre Freud y Ferenczi, en la que Freud sostiene que “de acuerdo con mi recuerdo, una tendencia a la actividad sexual con los pacientes no fue completamente ajena a usted en el período preanalítico, de modo que la nueva técnica (análisis mutuo) podría ligarse a ese viejo error. Esto es por lo que yo he hablado en mi última carta de una nueva pubertad” (13 de diciembre de 1931). A esto, Ferenczi contestó: “Su miedo de que yo pueda transformarme en un segundo Stekel [quien tenía reputación de involucrarse sexualmente con sus pacientes] es, yo creo, infundado. “Los pecados de juventud”, las equivocaciones, una vez que se han superado y trabajado analíticamente con meticulosidad, pueden hacerlo a uno más sabio y más prudente que la gente que nunca ha experimentado tales tormentos” (27 de diciembre de 1931). En síntesis, Freud había escuchado de una paciente, Clara Thompson, que estaba “autorizada para besar a Papa Ferenczi tan frecuentemente como quiera”, y por lo tanto, presumió que Ferenczi había vuelto al “viejo error” de los “tiempos preanalíticos”. Los críticos en la actualidad asumen generalmente que este intercambio de cartas reivindica a Ferenczi (Torok, 1984; Masson, 1984, 1989; Dupont, 1988).

Lo que queda inexplicado, sin embargo, es la referencia a los “pecados de juventud” y a la “actividad sexual con los pacientes... en los tiempos preanalíticos”. No es generalmente conocido que esto se refiere principalmente a la mayor crisis de la vida de Ferenczi que comenzó en 1911, y es “preanalítico” en tanto antecede su análisis de tres años con Freud (cf. Sabourin, 1985, pp. 57-8). De muchas maneras, esta es una reminiscencia de aquel “melodrama” que Ferenczi asocia con el coito: “Mientras hayan, por supuesto, nubes oscuras que amenacen con toda clase de destrucción, tal como en una verdadera tragedia, siempre existirá el sentimiento de que “todo volverá a la normalidad” (ve p. 117). Recapitulando la línea principal de la historia: en julio de 1911, Ferenczi acepta tomar como paciente a Elma, la hija de su amante Gizella, quien había entrado en una profunda depresión. Pierde el control de la situación de transferencia, cesa de desear a Gizella y como era de esperar fantasea eróticamente con respecto a Elma (carta a Freud, 14 de noviembre de 1911). Su correspondencia con Freud detalla estas agonías sexuales, particularmente su impotencia intermitente, así como también los placeres de mitigar su “hambre coital”. Existe también un largo y activo relato sobre su intento por equilibrar su profundo “amor mental” hacia Gizella con sus salvajes deseos sexuales por Elma, temiendo todo el tiempo que esto ocasionara una irreparable grieta entre ellas, y también posiblemente causara motivos suicidas en Elma (carta a Freud, 3 de diciembre de 1911).

La respuesta inicial de Ferenczi es considerar el matrimonio con Elma; habla, de hecho, de “*fantasías de matrimonio*” (14 de noviembre de 1911). Freud toma Elma en análisis en enero de 1912 y aconseja a Ferenczi en contra de este curso de acción; después de un período de catorce días de sesiones, dice que ella es demasiado infantil para el matrimonio (carta a Ferenczi, 23 de enero de 1912). Ferenczi debería considerar más bien su “amor mental” por Gizella. Más tarde, en ese año, Elma parte para los Estados Unidos, donde pronto se compromete con un americano, Laurvick, y finalmente se casa con él. Ferenczi queda a consecuencia de esto hondamente desconsolado. Sufre de dolores de estómago y dolores intestinales, así como ataques de intensivo agotamiento. Entra en un “análisis” de tres semanas con Freud, en julio de 1914, pero este es interrumpido por la movilización de las tropas austro-húngaras antes del inicio de la Primera Guerra Mundial. Ferenczi logra suficiente claridad para decidir proponerle matrimonio a Gizella, sólo en la primavera de 1917, durante su convalecencia de un ataque de hemorragia estomacal. Significativamente, tiene intensos miedos de ser rechazo y le pide a Freud que actúe como su intermediario (carta a Freud, 24 de marzo de 1917). Gizella acepta y prepara a su esposo, Géza Pálos, para el divorcio. El 1 de marzo de 1919, sin embargo, al llegar al ayuntamiento para su ceremonia de boda, se enteran de que Pálos acaba de morir de un ataque al corazón. Ferenczi considera este hecho un mal augurio. De acuerdo con cierta fuente, nunca pudo renunciar totalmente a su deseo de casarse con Elma (Ferenczi y Groddeck, p. 135).

Hay dos importantes aspectos en este “melodrama” que lo distinguen de un simple caso de involucración sexual con un paciente. En primer lugar, el anímixismo erótico involucra no a dos, sino a tres participantes. Este particular *ménage à trois* es edípicamente complicado, por el hecho de que las dos mujeres involucradas son madre e hija. Además, la situación es un adulterio, que ocurre en una red familiar y comunitaria cercana que data desde la niñez. De hecho, la otra hija de Gizella, Magda, más tarde se casará con el hermano más joven de Ferenczi, Lajos. En este contexto, por lo tanto, comprender la extensión de las repercusiones emocionales es muy difícil, si no imposible.

Segundo, el resultado erótico está fuertemente influenciado, si no determinado, por Freud, quien inicialmente acuerda tomar a Elma en análisis y aconseja a ambos Gizella y Ferenczi. Freud combina su papel de confidente con el de padre y analista. El repentinamente deja de llamar a Ferenczi “Querido Amigo”, y usa en lugar de eso la expresión de “Querido hijo”, argumentando que debe adoptar tal rol paternal cuando alguien permite que sus complejos le creen demasiada dificultad (carta a Ferenczi, 17 de noviembre de 1911). Esto contrasta bastante notablemente con la actitud que Freud había adoptado anteriormente cuando Jung le confesó su involucración con una paciente, Sabina Spielrein: “Tales experiencias”, escribió Freud a Jung,

aunque dolorosas, son necesarias y difíciles de evitar. Sin ellas no podemos realmente entender lo que es la vida y con qué es lo que tratamos... Ellas nos ayudan a desarrollar la gruesa piel que necesitamos y a dominar la “contra-transferencia”, la cual es después de todo un problema permanente para nosotros; ellas nos enseñan a desplazar nuestros propios afectos en una mejor dirección. Ellas son una “bendición disfrazada”.

(7 de junio de 1909, Freud y Jung, 1974, pp. 230-1)

En efecto, Freud rehúsa aceptar las “necesidades corporales” básicas de Ferenczi hacia Elma, pero sugiere una dinámica edípica más profunda. Él escribe inmediatamente a Gizella atribuyendo la situación a una “homosexualidad dominante” de Ferenczi, proyectada en su hija (Elma), de forma que Ferenczi puede tomar revancha (*Rache*) sobre su propia madre (carta a Gizella Pálos, 17 de diciembre de 1911). Hasta cierto punto esto refleja el relato que Ferenczi hace a Freud de dos aspectos de su condición edípica -amor a su apacible padre y odio a su cruel madre- y sus tempranas experiencias homoeróticas (cf. Carta a Freud, 26 de diciembre de 1912). Freud claramente siente que Gizella puede ayudar a Ferenczi a terminar con esto, pero como una “madre”, y a expensas de sus impulsos eróticos hacia Elma (carta a Gizella, op. cit.).

Sin embargo, la “maestría” de esta interpretación limita severamente el erótico anímixismo que Ferenczi le describe a Freud. Considera, por ejemplo, el deseo de Ferenczi de tener hijos con Elma como “infantil”. También impone la consideración de que lo homoerótico y lo heteroerótico son ambos mutuamente excluyentes. En ese momento, dentro de la transferencia analítica hacia Freud, Ferenczi acepta esto y permite que la interpretación le informe sobre el desarrollo y resultado de su vida erótica. Sin embargo, cuando posteriormente él analiza esta transferencia, descubre precisamente “la gruesa piel” que Freud había, poco a poco, desarrollado “para dominar la contra-transferencia” (a partir de los juicios hechos a Jung en el caso Spielrein): específicamente, que el mismo Freud no había analizado la participación de su propio erotismo en esta interpretación. Los propios problemas edípicos de Freud lo llevaron a apoyar a la madre para impedir la libre actividad erótica del hijo.

Esta conciencia particularmente dolorosa está cada vez más presente en la relación de Ferenczi con Freud en los últimos tiempos. Culpa a la negación que hace Freud de los elementos contratransferenciales de conmutar los impulsos eróticos reales en convenientes teorías. “La ansiosa provocadora idea”, escribe Ferenczi,

tal vez muy fuerte en su inconsciente, de que el padre debe morir cuando el hijo crece, explica... el temor [de Freud] de permitir que cualquiera de sus hijos se vuelva independiente. Al mismo tiempo, nos muestra también que Freud el hijo, verdaderamente desea matar a su padre. En vez de admitir esto, fundó la teoría del parricidio Edípico, pero obviamente la aplicó sólo a los otros, y no a sí mismo. De aquí el temor de permitirse a sí mismo ser analizado, y quizás también la idea de que en los adultos civilizados los impulsos instintivos primitivos ya no son reales, que la enfermedad edípica es una enfermedad de la infancia, como el sarampión.

(*Diario*, 4 de agosto 1932, pp. 184-5)

Una importante implicancia de este hecho es que la teoría de Freud niega los propios “impulsos instintivos primitivos” de Ferenczi. La teoría obliga a Ferenczi a marcar otro camino para interrogarse sobre su propia transferencia, y sobre su dependencia hacia Freud, las que complican posteriormente el “melodrama”

original, al evocar el temor de atacar el adulto para sustentar la independencia del “niño” (específicamente la “infantil ternura” entre él mismo y Elma). Por otra parte, la teoría refuerza la colusión de Ferenczi con la propia “homosexualidad dominante” de Freud. ¿Por qué otra razón él invitaría o permitiría que Freud arbitrara entre la madre y la hija, o el adulto y el niño? La única alternativa es despojar a Freud, y a su teoría, del poder de decidir, en otras palabras, simbólicamente castrar al padre y quitar a la metáfora patriarcal de su genial discursiva. Por supuesto, esto es doblemente difícil cuando el preocupado “padre” sostiene una teoría que representa una excesiva agresión. “La mutua agresividad castratoria”, explica Ferenczi, “que en el inconsciente es probable que sea burdamente agresiva, es recubierta por la necesidad -que debería llamarse homosexual- de una armoniosa relación padre-hijo. En todo caso él [Freud] podía, por ejemplo, tolerarme como hijo sólo hasta el momento en que yo lo contradijera por primera vez” (*Diario*, 4 de agosto 1932, pp. 184-5).

Determinante en este sentido fue la creencia de Ferenczi de que Freud asume un poder simbólico a través de la transferencia para dirigir e incluso extinguir líneas de actividad sensual en el coito. La interpretación de Freud acerca de esta crisis en la vida de Ferenczi impuso una frontera entre una supuesta elección de objeto “infantil” y una “adulta”, o entre Elma y Gizella, dejando a Ferenczi “libre” desde ese momento para aplicar estas directivas teóricas con el objeto de defender un límite de control entre las dos. (Irónicamente, en alemán, la “asociación” que supuestamente es “libre” es traducida por la palabra “Einfall”, que significa un “colapso” o “perdición”, así como también “irrupción” o “idea súbita”) (20). Por lo demás, Ferenczi se inclina aún más por la defensa de estas directivas teóricas con el fin de evitar la propia “agresividad castratoria” de Freud. Una vez que la teoría fracasa, sin embargo, Ferenczi se cuestiona acerca de la economía libidinal del propio Freud que produjo la interpretación en primer lugar. ¿Por qué Freud apoyó a Gizella contra Elma? “Freud”, deduce Ferenczi,

pudo haber tenido una aversión personal hacia la espontánea sexualidad femenina en la mujer: idealización de la madre. Retrocede ante la tarea de tener una madre sexualmente exigente y tener que satisfacerla. En algún sentido la natural pasión de su madre puede haberlo enfrentado a tal tarea. (La escena primaria lo puede haber vuelto relativamente impotente.) *La castración del padre, el potente, como reacción a la humillación experimentada, lo condujo a la construcción de una teoría en la que el padre castra al hijo* y, además, es venerado entonces por el hijo como un dios. En su conducta Freud juega sólo el rol del dios castrador, quiere ignorar el momento traumático de su propia castración en la niñez; él es el único que no tiene que ser analizado.

(*Diario*, 4 de agosto de 1932, p. 188)

* * *

Una vez que Ferenczi ha establecido un paralelo entre el anfmixismo coital erótico y la dinámica erótica de la transferencia y la contratransferencia comienza a formular sus reformas a la técnica psicoanalítica en términos de las limitaciones edípicas impuestas al coito. Especialmente importante, en este sentido, es la exclusión total de la sexualidad femenina flotante en la transferencia y la contratransferencia. Asociando al analista con el padre, e imponiendo rígidas estructuras teóricas, Freud “castra” a la madre y rehúsa permitirle cualquier espacio a su erotismo. Freud no está solo en esto. La sociedad patriarcal generalmente impone esta castración simbólica sobre las mujeres desde la niñez. El problema es que las madres, por lo tanto, también privan a los niños de este espacio erótico femenino. El analista que intente emplear el erotismo femenino, entonces, deberá frecuentemente tener que restaurar las articulaciones perdidas del sentimiento. Esto es similar al rol de la esposa que tiene que iniciar a su marido en el erotismo femenino en el coito.

El correcto tipo de esposa no imitará a la madre del niño, quien condenó por completo la sexualidad, para no mencionar el incesto; en vez de esto aprenderá a reasegurar al inhibido niño de su amor de cualquier tipo de impulsos que este pueda sentir, incluso cuando se ha entregado a ellos. Como recompensa a esta autonegación, será testigo de un aumento en la auto-estima de él, del despertar de

su sentido de responsabilidad simultáneamente con el de su potencia, y de este modo pondrá fin a la compulsión a la repetición producto de su infancia. Con las actuales tendencias en la educación de las mujeres es difícil esperar tal comprensión y comportamiento... La capacidad de tal adaptación para la renuncia es quizás solo explicable si asumimos la existencia en la naturaleza de un segundo principio cercano al de la auto-afirmación egoísta, específicamente un principio de apaciguamiento; esto es, el egoísmo (infantilidad, masculinidad) versus la maternidad, es decir la bondad.

(*Diario*, 28 de junio de 1932, p. 146)

Volver a Revisiones
Volver a Newsletter 8-ex-62